

sincera alma de Julia. Entre tanto el estío se acercaba y veíase no lejos la canícula, sin que Julia ni el conde, su padre, diesen señales de vida. Mistress Needle provocó al conde con una misiva fechada en el Parque verde, llegando á vuelta de correo la contestación. Era cortés y breve; manifestaba su disgusto, y la necesidad dolorosa de no cumplir la palabra que había dado, por culpa de asuntos urgentes. Julia metió dentro un billetito afectuoso, y nada más.

Mistress Needle sospechó que mediaba probablemente un misterio.

V.

¡POBRE JULIA!

El misterio sospechado por Mistress Needle en las cartas del conde de los Laureles y de Julia, existía desgraciadamente: era un indicio de segura tempestad, que casi se desencadenaba ya sobre la cabeza de la muchacha. Poco tiempo trascurrió antes de llegar al Parque Verde la prueba notoria en una segunda carta. Después de algunas palabras de cortesía y afecto, expresábase así la joven: “¡Si me

viese! ¡Cuán trasformada estoy! Pero imagino que no me verá tan pronto. En el invierno que viene ansiará ver otro cielo que el de Nápoles. De todas maneras, si llegára en sus viajes á esta ciudad, seguramente no me hallaría en el palacio de Chiaia, ni al encontrarme reconocería el semblante de aquella su amiguita que llamaba hermana é hija. ¡Tanto he padecido! Me asombro de no haber echado canas. Todo á mi alrededor vacila: no me atrevo á mirar el pasado ni el porvenir. ¡Quién sabe lo que será de mí! Para serenar mi mente, perturbada por negros presentimientos, fijo la consideración en mi señora Ana; me acuerdo además de sus deliciosas hijitas, Clara y Clemencia, siempre apacibles como su inocencia; y para dar descanso mi corazón triste, imagino estrecharlas contra mi seno una tras otra, y darles un ósculo, rogando á Dios que aparte siempre de su cabeza inocente las terribles desgracias que afligen mi juventud. Dígaselo por favor, y me crea en todo evento, su *sincerísima y afectuosísima* amiga,—*Julia de los Laureles.*”

Al leer esta carta, no pudo dudar Mistress Needle de que algún imprevisto revés de fortuna había herido á su amiga pre-

dilecta de Nápoles. Contestó con las más tiernas palabras de conmiseración que le sugería su espíritu gentil y sensible, así como con las expresiones más ardientes de amistad inviolable. Prometió ir á Nápoles en el próximo viaje invernal, cosa muy fácil para ella, teniendo el propósito de volver un año á Italia: dijo, por tanto, á Julia que le mandase su nueva dirección, á fin de que no bien llegára, ella y sus hijas la pudiesen ver y consolar en sus aficciones, consolándose además de su larga separación. Así escribió la señora Needle; quiso, á mayor abundamiento, que cada una de sus pequeñas añadiese al pie de la carta una línea. Quizá veremos en breve qué impresión causó en el espíritu de Julia este amoroso lenguaje de la piadosa inglesa, y á qué designios condujo.

Aun no habían trascurrido del todo dos semanas, cuando Mistress Ana, como de costumbre, daba en su quinta lección de protestantismo á sus hijas. Hallábanse sentadas éstas en dos escaños frente de su madre, que tenía delante una hermosa mesa, en la que se hallaba una biblia en folio, abierta y apoyada con religiosa majestad sobre un cojin de seda encarnada con grandes flecos de oro. La señora leía

muyseria y ensimismada un pasaje del cap. xxv de San Mateo, infundiéndole, digámoslo así, versículo por versículo, en el corazón de sus hijas con todo el celo posible y con ternura maternal. Interpretaba prácticamente aquellas frases: “Yo tuve hambre y me dísteis de comer.”— Debemos, decía, entender en su verdadero sentido estas palabras de Dios, y nosotros con doble motivo, porque las podemos cumplir, por abundar en bienes de fortuna. No debeis creer, hijas mías, que hable aquí la biblia sólo del pan y de las patatas que por el *impuesto de los pobres* pagamos en favor de las *workhouses*, no; aquí se alude al pasto del espíritu, que debemos proporcionar al que lo necesite. Se requieren biblias y más biblias; así como hacerlas llegar, á poco precio, á las manos de todos, dándolas é imponiéndolas, si es posible, á cada uno de los hombres “sentados en tinieblas y en sombras de muerte.” por esto consigna Dios la obligación de concurrir voluntariamente con las cuotas anuales á la obra de las sociedades bíblicas, y al aumento de los misioneros. ¿No os alegráis vosotras al oír en las relaciones de la prensa que los feroces habitantes de Honololú leen los salmos de David

y ensalzan al Señor en la lengua de su país? Ciertamente, sí, es el más bello triunfo de la Alta Iglesia, triunfo negado á los papistas. ¡Demasiado escasa corre la palabra de Dios bajo la tiranía del Papa! Si no porque nosotros derramamos millones de biblias en los países católicos, manteniendo con grandes gastos misioneros, almaceneros y vendedores; ¡desventurados papistas! Nacerían y morirían sin gustar nunca “el consuelo de las escrituras,” quedando en su virtud, envueltos siempre en las tinieblas de la superstición y del pecado.

—¡Oh! ¿Cómo se pueden salvar los que no saben leer? preguntó Clemencia, que tenía una mente muy despejada y un corazón muy bello.

La piadosa madre no había previsto esta dificultad, gravísima en sí, aunque apenas indicada por el buen sentido de una niña. No pareciéndole honroso mostrar vacilación, dió un largo rodeo y se puso á enaltecer la providencia de Dios, que á sus elegidos da la luz de sus ojos para que vean y lleguen á leer. Añadió: “En cuanto á vosotras, Clara y Clemencia, os ha concedido el favor de la óptima educación cristiana, que procuro daros con ahinco.” Volvió después á la explicación

literal del texto bíblico, y expuso con menos error la belleza de las obras de misericordia corporal, con que se socorren las diferentes necesidades de los hermanos. Así, la pobre Mistress Ana daba la leche y el veneno á sus hijas, amontonando groseros errores y viles calumnias con alguna buena y santa verdad. Difundía los primeros por culpa de su secta, así como estas verdades por su corazón, tan noble como caritativo, sin apercibirse de que iba enseñando á sus hijas el modo de renegar del artículo noveno de la iglesia anglicana, donde se dice que nos justificamos por la *sola* fe, y del décimocuarto, donde las obras de supererogación se proscriben como verdaderas “impiedades”

En el momento en que la señora Needle se dedicaba con más ardor á la predicación de la “doméstica iglesia,” como llamaba “bíblicamente” á su familia, compareció el cartero en el dintel de la entrada del Parque con un pliego de cartas que remitían desde Londres, y con un paquete de diarios. En un abrir y cerrar de ojos aquél y éste pasaron por diez manos, llegando á la presencia de la castellana, elegantemente colocados en una bandeja de plata. Ninguna novedad interesaba tan gran-

demente su corazón como el arribo del correo; parecía á la solitaria mujer que refrescaba, por decirlo así, la vida, los conocimientos y las relaciones, cada vez que alguna persona distante pensaba en ella. Corrió su mano indeliberadamente al pliego, y el ojo á reconocer los sellos del correo. Pero se contuvo pronto, á fin de no interrumpir el ejercicio religioso sobre la biblia: únicamente después de concluida la lectura, y de haber sonado la hora prefijada, cogió las cartas. Una llevaba el sello de Nápoles.—¡Luego es de Julia! exclamó la señora Needle con afán sumo. Saltar de la silla y romper el sello temerosamente, al mismo tiempo que acercarse al alféizar de una ventana, fué obra de un instante. Fijó su vista en la carta con ansiedad; temía una nueva revelación de dolores y acertaba demasiado con sus presentimientos. He aquí lo que decía la desventurada Julia:

“Ilustrísima señora Ana: Sus demostraciones de afecto, así como el dulce saludo de sus amadísimas Clara y Clemencia, aliviaron las llagas de mi alma, como un bálsamo disminuye el escozor de la herida. Pero no las cicatrizaron; no es posible. Escribo solamente para dar un desahogo

a mi corazón angustiado, y para pedirle consejo. Mas ántes oiga lo que me ha sucedido. La quiebra de un banco, y de muchos bancos, complicada con un desastre en la Bolsa (¡nudo de calamidades!) ha envuelto á mi familia en la desventura. Es inútil entrar en los particulares: básteme decir que después de la desgracia, ó, mejor dicho, de la catástrofe, liquidado el haber, nos encontramos con setenta liras italianas al mes, para cinco personas. De mi dote materna, libre al parecer de todo contratiempo, y que debía estarlo realmente, me queda sólo la casa de recreo de la Sandía, que conoce: cuatro cuartitos y un jardín de limoneros, bajo un cielo verdaderamente encantador; en fin, una delicia para pasar medio día con el objeto de merendar, y nada más. Y sin embargo, nos parece una inesperada fortuna poder nos refugiar allí, sin sufrir la tortura de una casa de alquiler en Nápoles. Adiós el palacio de Chiaia; adiós las habitaciones lujosas, los coches, las galas, los espectáculos, las tertulias y las reuniones propias de mi condición: vivimos secuestrados del mundo y de la sociedad. Mi único consuelo en tantas privaciones es no haber amado nunca demasiado, gracias á Dios,

las cosas que me ha quitado. Además del repentino decaimiento de nuestra fortuna, me desgarran interiormente otros infortunios, de que ansío borrar todo recuerdo, para no affligir (¿de qué serviría?) su corazón, y para no hacer mucho más cruel mi existencia.

“A tal extremo he quedado reducida. Así lo dispone Dios, siempre justo y benéfico, aun al castigar nuestras culpas. En vano examino todos los límites del horizonte: ningún punto se ilumina con la esperanza. Es cosa concluida. Necesito tomar un partido; ganarme mi pan. Mi familia ha gastado montones de dinero para mi educación, sin contar lo que rendían los frutos de mi dote materna: justo es que yo la reembolse, haciendo valer en favor de los míos lo que de ellos recibí; aun cuando el cumplimiento de mi deber me cueste una indecible humillación. Aunque no logre ayudarles, me proporcionará gran consuelo no disminuir el pan, tan escaso, de la mesa de mi padre, de mi madre y de mis hermanos. Resuelta estoy á sacrificar mi amor propio en el altar del cariño filial, y, pues Dios lo quiere, á cumplir el sacrificio sin llanto y sin límites. Seré con gusto dama de compañía, profesora, aya,

camarera, todo. Solamente que para no apurar la hiel más amarga del cáliz, desearía servir léjos de mi patria y de mis conocidos. Si V. S. confirmase mi elección preferiría la Inglaterra. Conoce bastante mis habilidades: no son muchas, pero las emplearé todas.

“Si V. S., además de aconsejarme, se digna pronunciar alguna buena palabra con el fin de acomodarme con alguna familia católica (¡vea qué demanda, pero conozco su corazón!), le besaré las manos por el insigne beneficio. Rogaré á Dios que se lo pague, alejando de Clara y de Clemencia toda desventura. Puede hablar de mí como de persona nacida en el servicio para que se le ocurra proponerme: quisiera que ignoráran todos en mi nuevo estado que mistress Ana Needle me llamaba en otros tiempos amiga, y que yo era entonces la condesita *Julia de los Laureles*.”

Mistress Needle, á medida que avanzaba en la lectura se identificaba con Julia, y sentía una especie de mano que más violentamente cada vez dificultaba su respiración; el corazón se le hinchaba de lágrimas, que salían silenciosas, pero á largos raudales, por sus ojos. Puso al fin la carta en la mesa de la biblia, exclamando:

—¡Pobre Julia!—Y se dejó caer con todo su peso sobre la silla próxima. Poco después volvió á tomar el papel, leyólo de nuevo meditando cada sílaba y midió por todos sus lados la profunda desgracia de la joven. Se la representó tal como la conociera pocos meses ántes, á saber, en la flor de su vida, con todos los encantos de su edad, refulgente por su inocencia y por su brío virginal, segura, en fin, y radiante sobre la senda del porvenir; parangonóla después con la presente situación, imaginándola decaída, escuálida, entristecida y necesitada de pan, lanzando en su virtud suspiros lamentosos:—¡Pobre Julia! La primera vez que había encontrado una amiga verdadera, que me amaba, y á mi familia, con sinceridad y desinterés, debo sufrir la pena desgarradora de verla delante de mí en una especie de abismo. ¡Pobre Julia!

Entre tanto, llegaba la hora del desayuno; sus pequeñas entraban en el salón, acaeciéndola como de costumbre: sólo sabía responder:—¡Pobre Julia!

Clemencia, que era la mayorcita, preguntó:—¿Pero por qué?

—¿Te acuerdas de aquella querida lady

Julia, de Nápoles, que te hacía tantas fiestas y te enseñaba tan lindas cosas?

—Si, bien: ¿ha muerto?

—No ha muerto, mas casi le ha sucedido una desgracia mayor... ¡Figúrate que ha quedado despojada de todo y reducida á la pobreza! ¡Tan hermosa! ¡Tan joven! ¡Tan buena! ¡Pobre Julia!

La carta de Julia, por supuesto, amargó el desayuno de aquel día. Hasta las niñas tenía los ojos encarnados de llorar. Después de comer, su madre las despidió y las hizo ir con su aya, diciendo:—No me distraigais: tengo que escribir á Julia... ¿Qué le direis vosotras después de haber estudiado esta mañana lo que dice la biblia...? Basta: lo pensaré yo.

Mistress Needle pensaba que la lección de la biblia explicada en aquel día á sus hijas era un consejo celestial, que la indicaba de antemano lo que hacer debía:—¡Es preciso que socorra yo á mi pobre amiga!